

ligros, y consigna en el Código del amor la enseñanza salvadora que Colombia ha leído en el testamento del Grande Hombrero.

Esta desventurada tierra, huérfana y entregada a su propia suerte, pero rica en tesoros de gloria, rebosante de vida, ataviada de los más preciados blazones que constituyen su herencia, hace con fulgor derroche la entrada al concierto de las naciones y en casi una centuria es víctima de la discordia, porque ufana de su libertad y su abolicion, ensaya sistemas de gobierno, se da Constituciones que su misma experiencia le hace ver ilusorias y se apresura a reformar.

Pero el espíritu vivificante de los próceres, las sabias enseñanzas y el ejemplo de sus mártires grabados en la historia, sus mismos infortunios la salván del total naufragio.

La gran transformación política y social iniciada en este inolvidable día llevada a cabo tras cruento y denodado batallar, como resultante de las más acendradas virtudes de la ilustre estirpe de espartanos de la América; no podía perecer porque Dios pesó sus acciones en su finísima balanza y las halló justas.

Hoy Colombia es un país modelo, por su cordura, en estado de empezar a desarrollar y cumplir el programa que le corresponde en la escala de las naciones, presidida por un gobierno respetuoso de las garantías sociales, como que uno de sus representantes en análoga solemnidad dijo que "entre sus gobernados no hacía mas distinciones que la que correspondía a "cumplidores y transgresores de la ley", lema en que se basa la actuación de la presente administración.

Y Bolívar había dicho: "si en alguna parte de la América se llegara a implantar la tiranía, la primera espada que saltaría de la vaina para combatirla sería la de Simón Bolívar." Fieles a esta doctrina, los colombianos han mirado con horror todo conato de supresión de las libertades ciudadanas y por eso el despotismo es entre ellos planta exótica.

He ahí por qué el que inculcó en la conciencia popular esas palabras no "a no en el mar" y en vez de "maldecirlo cien generaciones", éstas lo bendicen hasta el término del mundo.

He concluido.

JOSE GREGORIO HERNANDEZ

Villavicencio, 20 de Julio de 1917.

Bolívar y San Martín Episodio histórico

Bolívar y San Martín encuéntranse en el espacioso salón de una lujosa casa de la ciudad de Santiago de Guayaquil.

El titán del Norte y el gigante del Mediodía se hallaron frente a frente. El primero se pasea meditabundo, vestido con una sencilla casaca azul con botones dorados, pantalón blanco, botas rodilleras y pendiente de su cintura la espada de Carabobo y Boyacá. El otro está sentado en uno de los magníficos sillones de seda que adornan la estancia, sobre su pecho luce un sol de diamantes, y su nerviosa pierna está cubierta sólo de una finísima



El Almirante francés Gauchet
comandante en jefe de la
armada francesa

media. El primero parece un guerrero el segundo un cortesano; y sin embargo, ambos héroes.

De pronto deteniéndose Bolívar y dice con voz vibrante y sonora que era tan agradable en la conversación como temible en el combate:

—Y bien?

—San Martín se estremeció.

—Monarquía constitucional, respondió.

Bolívar retrocedió un paso, cruzó los brazos, irguió la frente y una sonrisa desdenosa plegó sus labios. ¿Monarquía?, dijo. ¿Conque así? ¿Quedarán inutilizados todos los proyectos del porvenir? ¿La sangre derramada habrá sido estéril? ¿Queréis sombra cuando yo quiero daros luz? ¿Es que no habéis comprendido nuestra misión? ¿Es que tembláis o dudáis? Decidlo con franqueza, General. Yo he luchado durante tantos años por la libertad; la libertad es la República, y hé aquí con vuestra fatídica palabra monarquía, venís a derribar el edificio fabricado por mi paciencia y por mi espada. Yo os juro que Colombia será libre aunque el mundo entero se oponga. Mi lema es: o la República o la muerte.

—Y las dificultades?—murmuró San Martín.

—¿Dificultades, respondió con impetuosidad el Libertador, dificultades! ¿serán mayores que las que hemos vencido? No, no, no. Y, pues, hemos luchado contra las preocupaciones de tres siglos; puesto que Colón, Isabel, Carlos V. Felipe II. con su memoria terrible, no han sido dificultades ni tampoco las predicaciones de los frailes ni las bayonetas y los cañones realistas, ni Boves con su prestigio militar, ¿cuales son vuestras dificultades?

San Martín vaciló antes de contestar. Pero al fin levantó la cabeza y dijo con pausado tono:

—El pueblo no está educado para

la República.

—¿Vive Dios!, gritó Bolívar, ¿y para qué necesitamos educados a los pueblos, si basta que ellos sepan juzgar para que sepan escoger? Preguntadle a un condenado a muerte si desea la vida. Apartémonos de eso y hablemos la historia. ¿Era un pueblo educado el pueblo romano, cuando fundó la República? No. ¿Era Venecia, la pequeña República en medio de grandes monarquías, educada cuando el Consejo de los diez la regía? No. ¿Era educado el pueblo francés, cuando lanzó el sublime grito de redención de que hoy somos eco? No, mil veces no. Esos pueblos no necesitaban ser educados para desear ser libres, así como el ciego no necesita conocer la luz para ansar salir de su vida de tinieblas. Aun otra circunstancia, General: los pueblos de América tienen el instinto de la libertad y convendréis conmigo en que la monarquía es la esclavitud.

—Perdonad, yo no pienso así, contestó el argentino. Yo he luchado porque las circunstancias me han puesto al frente de las tropas argentinas, pero con la esperanza siempre de crear un trono para alguno de los príncipes europeos que...

—Basta ya, rugió el Libertador, basta ya. Por la sangre de Cristo que no os comprendo, caballero. Vos, un hombre de talento; vos, puesto a la cabeza de un pueblo que tiene grandes elementos para ser libre; vos, un hombre que vence al español en cien combates; vos, que habéis estrechado mi mano, ¿veis sois monarquista? ¿Pues qué, puede más en vos el quijotismo que la dignidad? ¿No conocéis la historia? ¿No sabéis que los reyes no son otra cosa que bandidos coronados? ¿No sabéis que a nombre de esos reyes una partida de aventureros, hez de la sociedad, ha saqueado este virgen país por espacio de trescientos años?

—Lo sé; pero sé también que el hombre no debe pretender jamás sobrepasar a Dios, y que puesto que Dios ha permitido que por espacio de veinte siglos dominen los reyes a los pueblos, no debe serle dado a un hombre mejorar la obra de Dios.

—¿Dios!, caballero! ¿Quien permitió sino El, puesto que todo lo rige, que esa monarquía de diez y ocho siglos se hundiera en el charco de sangre que se llama Revolución francesa? ¿Quien, justiciero y terrible, hizo caer la cabeza del rey más grande de la tierra en un cadalso? Dejad quieto a Dios, no le toquéis, descendad a la tierra, sólo si os advierto que en ella os espera la espada republicana de Bolívar dispuesta a todo por el triunfo de la libertad.

—No me convencen vuestras razones y no nos entendemos, General Bolívar; pero ya que tenéis el derecho de hablar alto, debo deciros que me doblego a las circunstancias. Marcho a Buenos Aires y os doy mi palabra de honor de que dejaré al pueblo elegir el gobierno que él quiera; pero os juro que creo de necesidad la monarquía. Vos seréis más grande llamándoos Emperador de los An-